

EL ESCEPTICISMO AGUSTINIANO EN LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

MARÍA DEL CARMEN DOLBY

San Agustín ha sido considerado el buscador incansable de la Verdad, el modelo de un filosofar cuyo término no podía ser otro que el de descansar en el encuentro y posesión de lo verdadero. La pregunta que se nos plantea de inmediato es la siguiente: ¿cuál fue el detonante que hizo volcarse a Agustín en semejante empresa? Si leemos las Confesiones, su autobiografía intelectual, moral y personal, encontraremos enseguida la respuesta: la lectura del diálogo de Cicerón: *Hortensio*, hoy desgraciadamente perdido para nosotros.

He aquí las palabras con las que nos describe dicho encuentro:

“Mas, siguiendo el orden usado en la enseñanza de tales estudios, llegué a un libro de un cierto Cicerón, cuyo lenguaje todos admiran, aunque no así su fondo. Este libro contiene una exhortación suya a la filosofía y se llama *Hortensio*. Semejante libro cambió mis afectos y mudó hacia ti, Señor, mis súplicas e hizo que mis votos y deseos fueran otros. De repente apareció a mis ojos vil toda esperanza vana, y con increíble ardor de mi corazón suspiraba por la inmortalidad de la sabiduría, y comencé a levantarme para volver a ti”¹

“Desde que en el año decimonono de mi edad leía en la escuela de retórica el libro de Cicerón llamado *Hortensio*, se inflamó mi alma con tanto ardor y deseo de la filosofía que inmediatamente pensé dedicarme a ella”².

¹ *Confesiones*, III, IV,7

² *La Vida feliz*, I,4

Agustín descubrió de pronto la importancia que tenía en su vida el encuentro de la Verdad. Se trata, no cabe duda, de una conversión a la filosofía. Desde ese momento, san Agustín se convirtió en filósofo después de haber pasado unos años de juventud ajeno a los intereses especulativos y atento a disfrutar de aquello que la vida le dispensaba sin más.

La persona, sea o no filósofa de profesión, que es capaz de pasar el nivel estricto de la vida biológica y material para ir en busca de lo eterno, ésa es ya, por derecho propio filósofa. El anhelo de Verdad pasó a ser entonces la fuente de energía que alimentaba el pensamiento de san Agustín.

Sin embargo, ¿cómo entendía Agustín este concepto abstracto? ¿qué pretendía encontrar en la Verdad? La respuesta es: ¿qué es el hombre? ¿cuál es su destino? y sobre todo la contestación a dos preguntas que desde siempre, especialmente la primera, le atormentaron desde su juventud: el problema del mal y la posible conjunción entre Dios, el mal y la libertad humana³. Todas ellas, de gran enjundia metafísica y antropológica que desde el principio inquietaron a los filósofos.

La Verdad como acicate del pensamiento y el Bien de la voluntad han estado siempre presentes en la filosofía pues, ¿qué es sino ese anhelo de muchos filósofos y filósofas, por intentar cambiar el mundo y apuntar a una utopía, como es el caso en nuestros días de la filósofa francesa Simone Weil?⁴. Está claro que en esta difícil empresa no han faltado ni faltarán abundantes obstáculos. La filosofía como un compromiso personal y social no tendrá nunca demasiados adeptos.

En la investigación de la Verdad puede aparecer con frecuencia el escepticismo, el desánimo de dar con Ella, el llegar a creer, en un momento dado, que es imposible para el ser humano conocerla.

¿Cómo se fue haciendo presente el escepticismo en san Agustín? Nunca como una postura definitiva, sino como un período de suspensión del juicio. Momentos de duda, pero al modo cartesiano, es decir, no definitiva, sino como una forma de recobrar las fuerzas necesarias para reiniciar el camino.

El primer horizonte en el que hizo su aparición el escepticismo agustiniano fue paradójicamente en el de su encuentro con Cicerón. Este gran escritor y orador, sin ser escéptico, nunca le pudo proporcionar a Agustín una certeza absoluta sobre temas como Dios, la libertad, el mal o el destino humano. Todo lo más que le ofreció fue un probabilismo que no convenció a Agustín pues lo

³ Cfr. Dolby Múgica, María del Carmen: *El problema del mal en san Agustín y la racionalidad de lo real*, Agustiniiana, 1989, Vol. XXX, pp.437-454.

⁴ Cfr. Weil, Simone: *L'enracinement. Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain*, Gallimard (Coll. Idées), Paris, 1962, en español: *Echar raíces*, Trotta, Madrid, 1996.

que realmente él deseaba no era un presentimiento de que había algo por encima del hombre, sino una seguridad, una certeza subjetiva sin ningún género de duda.⁵ Esa certidumbre que deseaba, se la había inculcado su madre Mónica, cuando de niño le enseñaba lo que decía el Cristianismo sobre dichas cuestiones:

“Siendo todavía niño oí hablar de la vida eterna que nos está prometida por la humildad de nuestro Señor Dios, que descendió hasta nuestra soberbia; y fui signado con el signo de la cruz, y se me dio a gustar su sal desde el mismo vientre de mi madre, que esperó mucho en ti”.⁶

El primer paso que da Agustín en su andadura hacia la Verdad, llena de meandros, se dirige al maniqueísmo, a la secta de los maniqueos como él la denominaba.⁷ Esta secta fue fundada por Manés en el siglo III d.C. Defendía la existencia de dos principios: el del bien y el del mal. Pensaba que existía la naturaleza del mal a la cual el mismo Dios se vio obligado a ceder parte de la suya y de ese modo pudo hacerse el mundo.

De igual modo sostenía que el ser humano era portador de dos almas, una de procedencia divina, otra oriunda de la raza de las tinieblas, causante de que actuemos mal⁸.

San Agustín creyó encontrar en esas doctrinas la solución al problema del mal y a la vez halló en ella el nombre por el que suspiraba: Cristo y la promesa de lo que tanto ansiaba: la Verdad. Según Maurice Testard:

“Esperaba satisfacer allí sus exigencias retóricas y racionales, aspiraciones religiosas y filosóficas. De todas formas no veía otro refugio”.⁹

La concepción de Dios maniquea se convertiría en un lastre muy pesado para san Agustín. No sólo era visto como un ser corpóreo y en cierto modo impotente sino que los maniqueos se mofaban abiertamente de la concepción de Dios que atribuían a los cristianos. Según aquellos, los católicos tenían una interpretación antropomórfica de Dios. Creían que al explicar el capítulo I, versículo 26 del Génesis: “el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios” lo hacían atribu-

⁵ Cfr. Testard, Maurice: *Saint Augustin et Cicéron, (Cicéron dans la formation et dans l'oeuvre de Saint Augustin)*, Paris, Études Augustiniennes, 1958, 2 vols., cap I,9; Asiedu, F.B.A.: *El Hortensio de Cicerón, la filosofía y la vida mundana del joven Agustín*, Augustinus, 2000, t. XLV, pp.5-25.

⁶ *Confesiones*, I, XI,17; cfr. *Ibid.*, III,IV,8.

⁷ Cfr. Fitzgerald, Allan D. (Director): *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Monte Carmelo, Burgos, 2001, p. 831, Manés, Maniqueísmo.

⁸ Cfr. Dolby Múgica, María del Carmen: *art. cit.*, p. 441 y 447.

⁹ Testard, Maurice: *op. cit.*, cap. I, p. 42. La traducción del francés es mía.

yéndole barbas, ojos y todo aquello que se le pareciera al hombre. Todas estas falsas atribuciones no hicieron otra cosa que alejar a Agustín cada vez más de la Verdad.¹⁰

Frente a los enigmas pendientes sobre Dios, el hombre y el mal planteados por Cicerón, habrá que añadir al acerbo mental de Agustín, las falsas concepciones maniqueas de los mismos, incluyendo la interpretación errónea de las Escrituras que achacaban a los cristianos.

La permanencia de san Agustín en el maniqueísmo fue muy prolongada, nueve años, y por éso que se pudieron afianzar en él los postulados materialistas maniqueos:

“Durante este espacio de tiempo de nueve años desde los diecinueve de mi edad hasta los veintiocho, fuimos seducidos y seductores, engañados y engañadores (Tim. 2, 3-13), según la diversidad de nuestros apetitos; públicamente, por medio de aquellas doctrinas que llaman liberales; ocultamente, con el falso nombre de religión, siendo aquí soberbios y allí supersticiosos, en todas partes vanos”.¹¹

¿Qué razones tuvo para poner en entredicho las creencias maniqueas? El mismo Agustín nos responde la pregunta:

“Y como yo había leído muchas cosas de los filósofos y las conservaba en la memoria, me puse a comparar algunas de éstas, con las largas fábulas del maniqueísmo, pareciéndome más probables las dichas por aquellos que llegaron a conocer las cosas del mundo”.¹²

Agustín que había leído abundantemente, pronto se pudo dar cuenta de la insuficiencia del sistema maniqueo y la llegada de su más alto representante a Cartago, Fausto, le hizo tomar conciencia de la imposibilidad de permanecer en el maniqueísmo. No sólo no le resolvió las dudas, sino que se hizo patente la falsedad de sus doctrinas acerca del cielo, las estrellas, el sol que Agustín comparaba con estudios más serios (cálculos de los números que había leído en otra parte).¹³

Está clara, para la persona que busca la Verdad, la necesidad de estudiar, de leer, para descubrir la autenticidad de un sistema filosófico o religioso. Para ver si hay allí contradicciones y engaños. Así lo hizo san Agustín y, como consecuencia, dejó de ser maniqueo a la par que decidió ir a Roma. Aunque no rom-

¹⁰ Cfr. Dolby Múgica, María del Carmen: *El hombre es imagen de Dios. Visión antropológica de san Agustín*, Eunsa, Pamplona, 2002, p. 58

¹¹ *Confesiones*, IV, I,1

¹² *Confesiones*, V,III,3

¹³ Cfr. *Confesiones*, V,VIII,12

pió en dicha ciudad del todo sus lazos con los maniqueos, empezó allí su etapa propiamente escéptica, tal y como lo narra en las Confesiones y que acabaría en su encuentro con el Neoplatonismo. He aquí una serie de textos que nos confirman dicha actitud:

“Por este tiempo se me vino también a la mente la idea de que los filósofos que llaman académicos (escépticos) habían sido los más prudentes, por tener como principio que se debe dudar de todas las cosas y que ninguna verdad puede ser comprendida por el hombre”.¹⁴

“Así que dudando de todas las cosas y fluctuando entre todas, según costumbre de los académicos (escépticos), como se cree, determiné abandonar a los maniqueos, juzgando que durante el tiempo de mi duda no debía permanecer en aquella secta, a la que anteponía ya algunos filósofos, a quienes, sin embargo, no quería encomendar de ningún modo la curación de las lacerias de mi alma por no hallarse en ellos el nombre saludable de Cristo”.¹⁵

“Por eso retenía a mi corazón de todo asentimiento, temiendo dar en un precipicio; mas con esta suspensión me mataba yo mucho más, porque quería estar tan cierto de las cosas que no veía como lo estaba de que dos y tres son cinco, pues no estaba entonces tan demente que creyese que ni aun esto se podía comprender”.¹⁶

“¡Oh grandes varones de la Academia!, ¿es cierto que no podemos comprender ninguna cosa con certeza para la dirección de la vida?”.¹⁷

Éste era el estado intelectual y anímico del filósofo. Quizás, pensaría, tenían razón los escépticos y a nada podemos prestar nuestro asentimiento con la certeza debida.

¿Cómo salió de la tentación del escepticismo? ¿Cómo pudo de nuevo albergar en su mente y en su corazón la esperanza de hallar lo que tanto deseaba? Una nueva etapa de su vida se abre a la par que deja Roma y se dirige a la ciudad de Milán con el fin de ocupar una plaza de rétor.

En Milán tiene su encuentro con el Círculo Neoplatónico a cuya cabeza estaba la figura del obispo Ambrosio. Agustín atraído al principio por la fama y el buen hacer retórico de Ambrosio, escuchó sus Sermones y en ellos y a través de la lectura de los libros neoplatónicos, en la traducción hecha por Mario Victorino, va a descubrir tanto la recta interpretación cristiana del Génesis , I, 26 como

¹⁴ *Confesiones*, V, X, 19

¹⁵ *Confesiones*, V, XIV,25

¹⁶ *Confesiones*, VI, IV,6

¹⁷ *Confesiones*, VI,XI,18

la existencia de realidades espirituales: Dios, el alma y la comprensión del mal como un no ser, como carencia de lo debido, sin entidad propia.¹⁸

Se ha hablado de una conversión agustiniana al platonismo, pero en realidad fue una conversión al Cristianismo con la ayuda de los principios de una filosofía afín a las verdades cristianas.¹⁹ Leyó por segunda vez la Biblia y aceptó definitivamente la fe cristiana.²⁰ En el Cristianismo vio encarnada la Verdad por la que tanto había luchado. Su conversión moral, llegaría más tarde²¹ y en la noche del 24 al 25 de abril del año 387 recibió el bautizo de manos del obispo Ambrosio.

¿Cómo se relacionó con el escepticismo desde su certeza sobre la Verdad? De dos maneras, propagando como sacerdote y obispo la fe cristiana y defendiendo, como filósofo, la capacidad humana de darle alcance:

“Hoy, pues, hemos de infundir a toda costa en los pechos la esperanza de encontrar la Verdad, ya que los académicos con su artificio literario han sembrado el derrotismo que nos sobrecoge ante esa esfinge de lo real. Corremos el peligro de que lo que un día se concertó por puro oportunismo para atrincherarse contra más graves errores sea ahora un estorbo para acercarse a la Sabiduría... Porque bien sabes que antaño me apartó de los pechos de la Filosofía la desesperanza de dar con esa Verdad que es el alimento del espíritu”.²²

En primer lugar lo que Agustín sostiene es la convicción de que la razón humana está en condiciones de investigar y hallar la Verdad. Afirmación que constituye la clave básica de su filosofía. Al referirse a los académicos, puede chocar su apelación de escépticos a los filósofos de la Academia pero:

“El escepticismo que Agustín conoció, se había originado en la época helénica dentro de la Academia, la escuela fundada por Platón (que no debe confundirse con el escepticismo pirronista de Enesidemo y de Sexto Empírico)”²³.

¹⁸ Cfr. Dolby Múgica: *op. cit.*, cap. II, p.55

¹⁹ Cfr. Grandgeorge, L.: *Saint Augustin et le Néoplatonisme*, Bibliothèque de l'école des hautes Études Sciences Religieuses, Leroux, Paris, 1896; Jolivet, Régis: *Saint Augustin et le Néoplatonisme Chrétien*, Demöel et Steele, Paris, 1932; Pegueroles, Juan: *San Agustín. Un platonismo cristiano*, Promociones Publicaciones Universitarias, Biblioteca Universitaria de Filosofía, Barcelona, 1985.

²⁰ Cfr. Dolby Múgica: *Agustín de Tagaste: el itinerario de la sabiduría*, Agustiniana, 1988, vol. XXIX, pp.435-500, p. 495 (Segunda lectura de las Escrituras).

²¹ Cfr. *Confesiones*, VIII, XII, 28

²² Carta 1, *A Hermogeniano* (año 387), 1 y 3; Cfr. *Contra los Académicos*, II, XIII,30 y III,III,5

²³ Fitzgerald, Allan, D. *op. cit.* p. 492 (Escépticos, Escepticismo)

Además cuando Agustín habla del artificio literario de los académicos se está refiriendo a su peculiar interpretación del escepticismo académico:

“La mayor sorpresa en torno a Agustín y al escepticismo académico es que Agustín afirma que aprueba la finalidad oculta y la verdadera intención de ese escepticismo. Porque él estaba convencido de que los académicos habían permanecido platónicos en todo momento, y que utilizaban únicamente el escepticismo como una cortina de humo para proteger su doctrina platónica contra los malentendidos de adversarios menos espirituales”.²⁴

Aunque la explicación agustiniana no sea del todo convincente, sí tiene una parte de verdad. El escepticismo de los académicos pretendía criticar las posiciones estoicas que defendían la posibilidad de una certeza científica a partir de las impresiones sensibles. Este tipo de asentimiento o certeza sólo lo reservaban al conocimiento intelectual que era capaz de contemplar las Ideas:

“Cuando aprehendemos algo que es realmente material, nuestra aprehensión no es probable en el sentido de que no llegue a la verdad o que sea algo diferente de la verdad o sólo probablemente verdadero (en sentido estadístico). Nuestra aprehensión es probable en el sentido de que el objeto, que realmente aprehende, es una copia o imagen de otra cosa (de una forma platónica, o como Agustín la llama, un inteligible).²⁵

Está clara la posición de los académicos. La captación de la verdad es posible, pero no se encuentra en el ámbito de lo sensible sino de lo inteligible.

Una vez aclarado este punto hay que exponer las tesis escépticas más corrientes que Agustín combate:

“Dos afirmaciones hacen los académicos contra las cuales nos hemos propuesto luchar aquí, nada puede percibirse, a ninguna cosa se debe prestar asenso”.²⁶

Pasemos a ver los argumentos que trae Agustín para refutarlas, siguiendo el hilo mismo de sus palabras:

“Deja, pues, de lado tu pregunta, si te place, y discutamos entre los dos, con la mayor sagacidad posible, si puede hallarse la Verdad. Por lo que a mí toca, tengo a mano muchos argumentos que oponer a la doctrina de los académicos”.²⁷

²⁴ Fitzgerald, Allan, D., *op. cit.* p.493

²⁵ Wagner, Michael: *San Agustín y el escepticismo*, Augustinus, 1992, t. XXXVII, pp.105-143, p. 113

²⁶ *Contra los Académicos*, III, X,22

²⁷ *Contra los Académicos*, II, IX,23

“¿Cómo sabes, objeta el académico, que existe este mundo si los sentidos nos engañan?”

-Agustín: Nunca vuestros razonamientos han podido delimitar el testimonio de los sentidos hasta convencernos de que nada nos aparece a nosotros ni vosotros os habéis atrevido a tanto; pero habéis puesto grande ahínco en persuadirnos de la diferencia entre ser y parecer. Yo, pues, llamo mundo a todo esto, sea lo que fuere, que nos contiene y sustenta; a todo eso digo, que aparece a mis ojos, y es advertido por mi... sostenéis que lo falso puede aparecer verdadero a los sentidos pero no negáis el hecho mismo del aparecer”.²⁸

Agustín deja bien claro que aunque los sentidos nos puedan engañar y no sean fuente de conocimiento verdadero, sin embargo hay algo de irrefutable en el conocimiento sensible y es la verdad, el ser del mismo aparecer que es en sí mismo una realidad.

Otro de los argumentos que opone al escepticismo en general es el de la existencia de verdades matemáticas:

“Pero que tres por tres son nueve y cuadrado de números inteligibles, es necesariamente verdadero aunque ronque todo el género humano”.²⁹

Y por último se puede citar el más conocido de todos, pero curiosamente de manos de René Descartes y no del propio Agustín que fue quien lo elaboró en primer lugar y que constituye, sin duda, uno de los alegatos más firmes contra el escepticismo:

“Sin embargo, ¿quién dudará que vive, recuerda, entiende, quiere, piensa, conoce y juzga?; puesto que si duda, vive; si duda, recuerda su duda; si duda, entiende que duda; si duda, quiere estar cierto; si duda, piensa; si duda, sabe que duda; si duda, juzga que no conviene asentir temerariamente. Y aunque dude de todas las demás cosas, de éstas jamás debe dudar; porque si no existiesen, sería imposible la duda”.³⁰

La importancia de hallar la Verdad no sólo se relaciona con lo especulativo, con la inteligencia humana sino también con el terreno de lo volitivo o lo que es igual, con lo personal, con aquello que hace referencia al sentido de la vida.

²⁸ *Contra los Académicos*, III, XI, 24

²⁹ *Contra los Académicos*, III, XI,25

³⁰ *La Trinidad*, XX,14

Dentro de la tradición de la filosofía griega, la Verdad y la felicidad iban perfectamente conectadas, era inviable pensar que se pudieran dar la una sin la otra. El encuentro de la Verdad llevaba consigo el de la vida feliz.³¹

Pasemos a ver el planteamiento agustiniano sobre esta importante consecuencia del hallazgo de la Verdad.

Esta cuestión aparece claramente tratada en el diálogo *Contra los Académicos*:

“San Agustín, en el primer libro de su *Contra Académicos* se pregunta si el hombre puede ser feliz sin hallar la verdad, sólo con su búsqueda. La contestación a esta pregunta es conocida: la felicidad va unida a la posesión de la verdad, porque ambas se identifican y citando a Varrón, concluye que “nulla est homini causa philosophandi nisi ut beatus sit” (*De Civitate Dei*, XX, 1, 3).³²

En dicho diálogo, encontramos una disputa entre Trigeccio y Licencio a propósito de la felicidad y la verdad. Trigeccio se opone a la tradición académica y Licencio la apoya. Agustín responderá a Licencio pues no comparte sus tesis.

Licencio está convencido de que para ser felices no necesitamos encontrar la verdad:

“Las razones de esta afirmación parecen ser las siguientes:

- 1) Somos felices en cuanto somos sabios.
- 2) Somos sabios en cuanto que no estamos en el error.
- 3) No estamos en el error en la medida en que no prestamos nuestro asentimiento a lo incierto (incertis rebus), o a lo que no podemos comprender.
- 4) No asentimos a cosas inciertas mientras buscamos la verdad sin pretender haberla encontrado.

En consecuencia, somos felices mientras buscamos la verdad (sin pretender nunca que la hayamos encontrado).³³

Para Trigeccio el hecho de buscar la Verdad y no encontrarla, constituye un error, opinión que no comparte Licencio, convencido como está de que si una persona busca la verdad y está orientada a ella, no comete ningún error aunque se encuentre en la incertidumbre. Pasemos a ver directamente el diálogo a tres que surge a propósito de esta difícil cuestión:

³¹ Cfr. Holte, Ragnar: *Béatitude et Sagesse. Saint Augustin et le problème de la fin de l'homme dans la philosophie ancienne*, Paris, ed. Études augustiniennes, 1962

³² García Castillo, Pablo: *Los escépticos: incertidumbre, suspensión del juicio y felicidad*, Ciudad de Dios, Vol. CCVII, 1994, pp.5-25, p. 5

³³ Asiedu, F.B. A.: *art. cit.* p. 108

“Agustín: ¿Acaso dudáis de que nos conviene conocer la verdad? – De ningún modo, dijo Trigecio. Los demás dieron señales de aprobación. – Y si, les dije yo, aún sin poseer la verdad, podemos ser felices, ¿creéis que será necesario su conocimiento?”

Dijo Trigecio. Ciertamente bienaventurados queremos ser y si podemos serlo sin la verdad, podemos también dispensarnos de buscarla... Añadí yo ¿creéis que podemos ser dichosos sin hallar la verdad?

-Si podemos, con tal de buscarla, respondió entonces Licencio...

-Dime tú (habló Agustín) por qué no puede ser dichoso quien busca la verdad aún sin hallarla. Porque el hombre feliz, dijo Trigecio, ha de ser perfecto, sabio en todas las cosas. Ahora bien: el que busca todavía no es perfecto. No veo, pues, cómo puede ser feliz. Soy todo oídos y anhelo por escuchar cómo un hombre puede ser perfecto faltándole la verdad.

El que no llegó al fin, replicó el otro (Licencio), confieso que no es perfecto aún. Pero aquella verdad sólo Dios creo que la posee o quizá también las almas de los hombres, después de abandonar el cuerpo, es decir, esta tenebrosa cárcel. Pero el fin del hombre es indagar la verdad como se debe, buscamos al hombre perfecto, pero hombre.

-Luego el hombre no puede alcanzar la dicha, dijo Trigecio ¿y cómo puede ser dichoso sin lograr lo que tan ardientemente desea? Pero no; el hombre puede ser feliz porque puede vivir conforme a aquella porción superior del ánimo, a que todo lo demás debe subordinarse. Luego puede hallar la verdad”.³⁴

El diálogo mencionado ha sido algo largo, pero en él se pueden ver las dos posturas encontradas con respecto a nuestro tema. La de Licencio, escéptico y la de Trigecio que es la postura de Agustín.

La conclusión sería: el ser humano, si quiere ser feliz, no puede dispensarse de buscar y de encontrar la Verdad que de sentido a su vida, tanto en el plano teórico como en el plano práctico.

Queda muy claro en una postura no escéptica, que el ser humano necesita de la verdad, de verdades diarias, quizás parciales y de la Verdad. Necesita ir encaminando su vida de un modo recto que le conduzca a la Sabiduría.

Las conclusiones a las que llegó el propio Agustín, resumiéndolas, serían la siguientes:

³⁴ *Contra los Académicos*, I,II, 5 y 6; I, III, 7 y 9

1) El ser humano busca la verdad pero no de un modo infructuoso. Puede hallarla. Día a día encuentra verdades parciales y éstas existen gracias a la Verdad³⁵ que Agustín verá encarnada en último término en el ser de Dios:

“A ti invoco, Dios Verdad, principio, origen y fuente de la Verdad de todas las cosas verdaderas”.³⁶

2) Es en el encuentro y posesión de la Verdad, donde la persona puede empezar a hallar la felicidad y por tanto la filosofía tiene siempre una dimensión eudemonológica, un aspecto de compromiso vital que no pueden tener otras ciencias y saberes.

4) Por último la vía de acceso a la Verdad no se encontraría en los sentidos y, en este punto, le daría la razón al escepticismo académico, sino en la razón y, como filósofo cristiano, en la razón auxiliada por la fe cristiana.

Se trata, no cabe duda, de una filosofía optimista con respecto al ser humano y que le empuja constantemente a la búsqueda y al encuentro de aquello que más anhela: la Verdad y la felicidad.

Dra. María del Carmen Dolby Múgica
Catedrática de Filosofía del I.E.S. Cantabria

³⁵ “Razón: es así que no puede haber cosa verdadera sin Verdad”, *Soliloquios*, II ,II 2

³⁶ *Soliloquios*, I, I, 3